

cuesta, y poco después llegaron á sus oídos las voces de los viajeros.

—¡Ellos son!—exclamó Berta—conozco al marqués en su modo de reír.

Y con su penetrante voz lanzó un ¡eh! al que contestaron ruidosamente los gritos de la gente del coche.

Lorenzo no se sentía muy dispuesto á conversar; así es que dijo á media voz, estrechando rápidamente la mano de Berta:

—Os dejo; decidles que he ido á recoger y amarrar la barca, y que regresaré más tarde...

Volvió la espalda, bajó en dirección al río, y se sentó cerca de los sauces.

Llegó el coche á lo alto del repecho, donde se detuvo; cruzáronse exclamaciones y frases alegres entre los recién llegados y Berta, volvió á emprender el trote el caballo, y poco después recobró su silenciosa soledad el camino.

Lorenzo sentíase aún calenturiento: latíanle con fuerza las sienes y le parecía que en el interior de su cerebro se celebraba una fiesta y que todas sus ideas bailaban una especie de galop arrebatadora. Dejó caer hacia atrás la cabeza sobre la mojada hierba y clavó los ojos en el cielo sembrado de estrellas. Por encima de él mostraba el Carro sus siete clavos de oro; al Oeste centelleaban los joyeles del tahalí de Orion; más lejos, las Pléyadas se arremolinaban sobre

los bosques, á modo de un enjambre de abejas celestes, y la vía láctea, cruzando de un extremo á otro del horizonte, derramaba su nebuloso polvillo de plata en medio de todas aquellas luces titilantes. No parecía sino que en el firmamento, lo mismo que en el cerebro de Lorenzo, se daba un sarao para celebrar aquella primera florescencia de un amor afortunado.

## IX

—¡Señor Husson, buenos días!—¿tan preocupado andais que ya no conocéis á las gentes?

Lorenzo caminaba, en efecto, blandamente sumergido en el voluptuoso recuerdo de su feliz excursión de la víspera. Levantó la cabeza y pareció medianamente satisfecho al examinar la estrecha frente, los grandes ojos saltones y los bucles grisáceos de mada de Brioules, que venía de oír la misa matinal en las Isletas y llevaba como una reliquia, en sus manos enguantadas de filadiz, su devocionario de tapas florde-lisadas.

Y añadió con una repulgada sonrisa:

—¡Cuánto me alegro, señor mío, de haberos encontrado!

—No podría yo decir otro tanto—pensó el joven, que detestaba á la madre de Santa María.

Acortó, no obstante, el paso y se puso á caminar al lado de Mme. de Brioules.

—¿No os sentís cansado de la expedición de anoche—prosiguió ésta.—Ya nos ha contado Berta Fontenille que os visteis expuestos á zozobrar en aquella barca donde os metisteis... ¿De quién de los dos surgió tan descabellada idea?

—La señorita Fontenille—contestó en tono seco Lorenzo—manifestó deseos de dar aquel paseo y la acompañé.

—¡Ah! ¡menos mal!—dijo dando un suspiro Madame de Brioules.—Yo me temía que hubiese partido de vos la iniciativa para semejante calaverada, y veía en ello una falta de tacto y de delicadeza que no podía menos de asombrarme.

—¿Por qué habría incurrido en una falta de delicadeza—replicó algo exasperado Lorenzo—si hubiera propuesto yo mismo aquel paseo?

—¿Y me lo preguntáis?... ¡Bah! ¿No sabeis cuán frágil es la reputación de una joven? ¿Y por ventura ignoráis que un hombre bien educado debe cuidar escrupulosamente de no comprometerla?... Sobre todo, cuando...

Aquí se detuvo.

—Por favor, señora—exclamó Lorenzo, que comenzaba á irritarse—nada de reticencias, hablad claro.

—A la verdad—dijo ella con aire contrito—me

obligáis á insistir en cosas que, por lo común, se comprenden con media palabra... Digo que en sus relaciones con una señorita, debe todo caballero medir el alcance de sus actos, sobre todo, cuando su situación personal no le dá los medios de reparar el daño que puede causar...

—¿Y por qué—exclamó ya arrebatado Lorenzo—no había de permitirme mi situación reparar la imprudencia cometida, en la hipótesis de que yo hubiese cometido una imprudencia?... ¿No soy un hombre honrado y no tengo una posición decorosa? ¿No puedo como cualquier otro, casarme con la señorita Fontenille, si ella consiente en aceptarme por marido?

—Discurrís como un niño—replicó con acento meloso de conmiseración Mme. de Brioules,—y os aseguro que me causa pena vuestro desconocimiento de las leyes del mundo, porque os profeso una sincera estimación. No niego que es honrosísima vuestra profesión de médico, por más que solo puede ofreceros problemáticos beneficios; mas dejando aparte la cuestión de intereses, queda la cuestión de consideraciones sociales, por encima de la cual no es capaz de saltar á ojos cerrados el padre de Berta.

—¡Las consideraciones sociales!—exclamó Lorenzo, que en el calor de la controversia dejaba al descubierto todo su juego.—No alcanzo cómo pudieran ser obstáculo á mi amor hacia la señorita Fontenille.

—¡Bah! demasiado sé que en París se hace la vis-

ta gorda á estas cosas. . . Pero nosotros, los provincianos, conservamos aún ciertas preocupaciones; damos seria importancia á las condiciones de nacimiento y de familia .

—Comprendería semejante objeción —dijo Lorenzo —tratándose de una familia aristocrática como la vuestra, señora; pero M. Fontenille es tan plebeyo como yo, y por más que yo sea hijo de un panadero...

Una extraña sonrisa pasó por los labios de Mme. de Briouilles.

—Os suplico—le interrumpió éste—que no me repitais á mí esas cosas... Sé muy bien qué atenerme respecto de semejante fábula.

—¿Qué es eso de fábula?—preguntó muy sofocado Lorenzo.

—Tal vez os sorprenda verme tan bien enterada de vuestros secretos de familia... ¿Qué quereis? Esos secretos son en parte tambien nuestros, desgraciadamente, y sé desde hace mucho tiempo, por qué vuestro tío Memmie Husson ha echado sobre sí una paternidad cuyo verdadero origen no puede confesarse... Se ha sacrificado por salvar la reputación de su hermana Sofía, vuestra madre, á su vez comprometida por un hombre que no podía casarse con ella.

Lorenzo se había puesto pálido, y sentía que se le trastornaba la cabeza, balbuceando como en una pesadilla:

—Memmie Husson... ¡mi tío!... Sofía ... ¡mi madre!

Mme. de Briouilles conoció inmediatamente que la turbación del joven no era en manera alguna fingida y que ella había sido la primera persona que le había revelado el secreto de su nacimiento.

—¿Pues qué?—le dijo con acento zalamero—¿no sabíais nada?... ¡Pobre muchacho! ¡Qué pesares tengo de haberos hablado de esto!...

Lorenzo interrumpió con energía aquellas hipócritas frases de pésame.

—¡No—exclamó,—no es posible, eso es una calumnia!

—¿No me quereis creer?—replicó con sequedad Mme. de Briouilles. — Pues, en ese caso, podeis ir á preguntárselo al que llamais vuestro *padrino* y quedareis enterado y satisfecho.

Lorenzo ya no la escuchaba. Se había separado bruscamente de ella y corría como un loco en dirección á las Isletas. Llegó jadeante á la casa del Bois-des-Penses, y Ambrosina no pudo contener un grito al ver su rostro descompuesto.

El marqués no había salido aún de su habitación. Lorenzo se lanzó de un brinco á la escalera y entró como una bomba en el cuarto de su padrino.

—¡Hola! ¿qué hay?—exclamó M. de Rosieres —Entras como un torbellino.

—Señor—comenzó á decir el joven médico ahogándose — tened la bondad de contestar francamente á una pregunta...

—¿Señor?—dijo el marqués, sorprendido de aquel

tono tan ceremonioso.—¿Qué mala hierba has pisado y qué significa esa catadura de juez de instrucción?

—¡Responded!—repitió Lorenzo con creciente exasperación—¿será cierto que Memmie Husson no es mi padre y que la que yo llamaba tía?...

No pudo completar la frase, porque la emoción anudaba su voz en la garganta.

Al escuchar la pregunta, dió un salto en su asiento el marqués, un rápido gesto de enojo contrajo su boca y sus cejas dibujaron dos acentos circunflejos.

—¡Tá, tá, tá!—farfulló con ademán contrariado—¿quién te ha contado esas bachillerías?

—Vuestra hermana, Mme. Brioules.

La nariz del marqués pareció alargarse.

—¡Mala peste con la lengua de las mujeres! —gruñó entre dientes.

Su rostro revelaba vergüenza y confusión, y apenas se atrevía á mirar á Lorenzo, que, en pié, á dos pasos le la butaca, esperaba una respuesta. El marqués estuvo un instante haciendo girar uno alrededor de otro los dedos pulgares, cruzó y descruzó las piernas, y por último, levantó la cabeza y dijo suspirando:

—Pues bien, sí, hijo mio; Sofia es tu madre, y tu verdadero padre soy yo.

Al pronunciar estas frases, se levantó y abrió los brazos para recibir en ellos á su hijo; mas éste retrocedió bruscamente y fué á sentarse cerca del bu-

fete, donde permaneció un rato con la cabeza apoyada en las manos.

—De modo—murmuró con acento de amargura—que no me habían engañado; soy bastardo... No mentía Memmie Husson cuando me lanzaba al rostro que era la vergüenza de la familia... ¡Soy bastardo!

El marqués iba y venía por la habitación con el ceño fruncido, soplando como una foca y muy disgustado de aquella explicación que había llegado á ser inevitable.

—¡Hum!—comenzó á decir—no hay que tomar las cosas por lo trágico... ¿Qué quieres que te diga? Sofia y yo éramos jóvenes cuando cometimos la falta, que yo tenía la sana intención de reparar por medio de un casamiento; pero mi familia puso el grito en el cielo en cuanto abrí la boca para proponerlo... Y luego, tu madre lo hizo cuestión de amor propio, y su hermano el panadero se mostró conmigo algo insolente... En esa casa son todos orgullosos como dukes... En una palabra, tu madre se alejó, después de rechazar los ofrecimientos que la hice en beneficio tuyo...

—Hizo muy bien—exclamó Lorenzo—puesto que no podíais darla la única reparación posible: ¡un nombre para su hijo!

Y de pronto, ante los recuerdos de su infancia, agolpáronse los sollozos á su garganta y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¡Pobre tía Sofía!—murmuró—¡pobre mujer abandonada! ¡Ah! si lo hubiera sabido entonces, ¡cómo te hubiera amado, cuánto te habría adorado, para consolarte de todo lo que te han hecho sufrir!

El marqués no pudo menos de conmovirse hasta el fondo de su corazón, al escuchar los sollozos de aquel hombre de veinticinco años. En su carácter ligero é irreflexivo, había tratado muchas veces de alejar el recuerdo de aquella época de su vida; pero, de cuando en cuando, reprochábale su conciencia no haber hecho por su parte todos los esfuerzos debidos para remediar el daño. Desde que vivía más íntimamente con Lorenzo, habíanse sobreexcitado sus remordimientos en razón directa de las vivas simpatías que el joven doctor le inspiraba. Enorgullecía-se con su gallardía y con sus éxitos, y había momentos en que un ademán, una inflexión de voz, una mirada de Lorenzo le henchían el alma de paternal cariño. Veía reflejarse en las facciones del joven su propia juventud, como en un espejo, y aquella semejanza avivaba más y más sus sentimientos de ternura.

Por eso experimentó ante el dolor de su hijo tan honda conmoción; sintió por su parte que se le apretaba la garganta, y acercándose á la silla en que se había apoyado Lorenzo, le tocó cariñosamente en el hombro.

—Vaya—le dijo—¡no te desespere!... Sí, he obrado

mal, es cierto; no debí abandonarte á los bárbaros tratamientos del panadero, sino traerte más pronto á mi lado para hacer tu infancia más agradable... Me arrepiento de ello y te pido perdón. . . Vamos, ¿estás ahora contento?

—¡Dejadme!—contestó Lorenzo, sacudiendo de su hombro la mano del marqués.—¡No os perdonaré jamás!... No os acrimino por los golpes que he recibido ni por las afrentas sufridas, sino porque habeis sido la causa de todos los pesares de mi madre; porque, por culpa vuestra, he vivido diecisiete años á su lado sin sospechar que era su hijo; al lado de aquella excelente mujer que ni siquiera se atrevía á demostrarme su cariño por miedo de verlo recaer como un oprobio sobre mí y sobre sus hermanos... ¡Y pensar que yo la hubiera querido tanto, la hubiera prodigado mis caricias y mis besos, la hubiera colmado de consuelos y habríamos vivido tan dichosos!..

¡Mucho ha sufrido, mucho debe sufrir aun, y no estoy á su lado!... todo por culpa vuestra... Cuando supe por vuestra hermana hace un momento toda la verdad, mi primer movimiento fué un impulso de estúpida vergüenza; sí, he llegado á avergonzarme de mi madre; verdad es que aquello pasó como un relámpago; pero ya era bastante, y este indigno sentimiento también á vos os lo debo... ¡Por eso os rechazo y por eso no os perdonaré jamás!

Mientras así hablaba, se había levantado y miraba con ojos irritados á M. de Rosieres.

—¡Eres harto severo conmigo!—balbuceó el marqués, aturdido bajo aquella granizada de reconven- ciones.—He sido culpable, no lo niego; pero tu cólera te lleva demasiado lejos y me juzgas con excesiva dureza... Cuando has venido á mí, ¿no te he acogido como á un hijo? ¿No eras aquí, por ventura, el niño mimado de la casa?

—Soy vuestro bastardo—replicó ásperamente Lorenzo—y nada más que eso... ¡Bien pronto me lo ha hecho entender vuestra hermana! Durante este tiempo de permanencia en vuestra casa, la desdichada que se ha sacrificado por mí y que ha devorado sus lágrimas sin exhalar una queja, sin dirigiros la menor acusacion, se consumía en su triste soledad entre las cuatro paredes de la panadería de Juvigny.. ¡Y mientras ella lloraba allí, yo la abandonaba, yo me divertía aquí! Vos lo sabíais, y sin embargo, me dejábais entregado á mis pasatiempos. Aquel recuerdo no os hacía sofocar una carcajada ni perder una hora de placer ó de sueño. Creíais solventar vuestra deuda de honor educándome por caridad y facilitándome una cama en que dormir y una mesa en que comer... ¡Ah! ¡vuestros favores me pesan como una losa de plomo, y quisiera ganar bastante dinero para poder arrojároslos á la cara!... Pero, paciencia, ya llegará ese día; yo sabré trabajar como

un negro para reembolsaros, no sólo el capital, sino también los intereses... ¡No quiero nada vuestro!

—¡Ea, ya basta!—exclamó el marqués con voz furibunda.—Estás loco y abusas de mi paciencia...

—Sí, estoy loco... No se necesitaría tanto para perder el juicio... Pero, tranquilizaos, ya he concluido y no daré ningun escándalo en esta casa; nadie se enterará aquí de lo que me pasa, y sabré arreglarme para que no dé que hablar mi partida.

—¡Tu partida!... ¿Quieres dejarme?

—Sí... ¿Creeis, por ventura, que podría permanecer un minuto más en vuestra casa?—contestó Lorenzo, poniendo la mano en el pasador de la puerta.

—¡Adios! Me voy de aquí.

—¿Y adónde irás, desventurado?—dijo el marqués, que se había puesto muy pálido.

—¡A reunirme con mi madre!

Lorenzo abrió la puerta y, sin volver la cara, se lanzó á la escalera. Quiso el marqués correr tras él, pero le acometió una especie de vahído, dobláronsele las piernas, y se vió obligado á sentarse.

—¡Lorenzo!—gritó con acento suplicante.

Pero Lorenzo bajaba de cuatro en cuatro los escalones.

M. de Rosieres oyó resonar sus pasos precipitados en la escalera y sucesivamente abrirse y cerrarse las puertas, quedando á poco la casa en profundo silencio

tan solo interrumpido por el cacareo de las gallinas y el canto de los gallos en el corral.

Una vez fuera de la casa, cruzó Lorenzo rápidamente el pueblo en dirección al camino que conduce á Juvigny, mas cuando vió extenderse ante sí aquella larga cinta blanquecina, encajada entre dos hileras de olmos amarillentos, vaciló y se metió de prou en un sendero que culebreaba por entre los sembrados de La Neve Saint-Vanne.

A pesar de la desencadenada borrasca que desde aquella mañana agitaba sus pensamientos, había conservado una ilusión, que sobrenadaba en medio de los restos del naufragio: el amor de Berta Fontenille. Tenía fé en aquel amor, y esta idea bastaba para endulzar la amargura de todos sus pesares. Cuando uno es joven, se puede recibir de lleno sobre las espaldas el chaparrón de la adversa fortuna, porque basta para secarse por completo un solo rayo de esperanza, al modo que la tierra tarda poco en secarse en la primavera. Los jóvenes tienen siempre prontas las lágrimas, pero corren por la superficie sin penetrar en el fondo; solo los hombres maduros disfrutan el triste privilegio de conservar durante largo tiempo las huellas de la lluvia, como los senderos bajo los árboles seculares del bosque.

Lorenzo se sentó en el borde de una zanja, desde donde se alcanzaba á ver el pueblo con sus vidrieras en que se reflejaba la luz del sol, los prados, las tie-

rras labradas y el monte matizado de oro y violeta. Un ligero viento arrollaba las blancas nubes en el cielo y las hojas secas formando remolinos en la carretera. Era la época en que principia la sementera, y oíanse de cuando en cuando el chasquido del látigo y las voces de los labradores que dirigian el arado, y por entre los espinos desprovistos de hoja, veíanse en los oscuros surcos el movimiento lento y acompasado del sembrador lanzando puñados de grano.

Lorenzo pensaba en Berta Fontenille. Si ella le amaba, no se había perdido todo, porque se sentía con fuerzas para dominar todas las contrariedades y emprender la lucha por la existencia, hasta alcanzar el triunfo. Por medio del trabajo se crearía una posición, se llevaría consigo á su madre y vendría á buscar á Berta para casarse con ella; logrado esto, viviría contento y feliz en medio de aquellos dos seres queridos y se burlaría del resto del mundo.

Pero, ¿le amaría lo bastante la señorita Fontenille para resignarse á aguardar la época, todavía incierta, en que Lorenzo podría pensar en el casamiento?...

Se levantó resuelto á provocar una conferencia decisiva con la joven, y se encaminó hacia La Neve-Saint-Vanne. Sabía que á aquella hora de la mañana se hallaba en el bosque M. Fontenille, y el corazón le decía que Berta, después del paseo de la víspera, debía esperar su visita.

En menos de un cuarto de hora llegó al seto vivo

que cercaba la posesión de Fontenille, y empujando la valla de madera, empezó á subir la pendiente que conducía al jardín.

No le habían engañado sus presentimientos: entre la espesura de crisantemos amarillos, veíase flotar la falda clara de la señorita Fontenille, Berta, por su parte, había divisado al joven doctor, á pesar de lo cual, no parecía muy solícita por salir á su encuentro, antes por el contrario, su primer movimiento fué tratar de ocultarse detrás de los arriates y entrar en la casa; pero ya Lorenzo desembocaba en la avenida de crisantemos, y conoció que era imposible la retirada. Nubláronse un tanto sus azules ojos y su rostro adquirió una expresión inquieta y enojada. Tal vez se arrepentía de la entrevista demasiado familiar de la víspera, ó quién sabe si Mme. de Brieuilles, que no perdía el tiempo, la habría deslizado al oído alguna frase relacionada con el nacimiento irregular de Lorenzo... Esta última suposición parecía la más verosímil, porque á medida que avanzaba el joven, los rasgos de la fisonomía de Berta aparecían más severos, y jamás, hasta entonces, había tomado un aire tan glacial y altanero para recibir al doctor.

Ambiciosa y ávida de brillar en el mundo, sobre todo; soportando con desdén la vida campestre y oscura que llevaba en casa de su padre, la señorita Fontenille había soñado siempre respirar una atmósfera más adecuada á sus apetitos de lujo y de place-

res, y aquel sueño solo podía realizarse por medio de un casamiento brillante. Ahora bien, Lorenzo, á pesar de su fogosidad, de su gracia y de su talento, no era el marido que la convenía. Berta era demasiado calculadora y reflexiva para caer en la tentación de dar su mano al hijo natural de una costurera de Juvigny. Si al menos hubiera sido huérfano ó hubiera venido de un país bastante lejano para que pudiera permanecer ignorada la historia de su nacimiento, tal vez la señorita Fontenille hubiera tenido valor y resolución para lanzarse en tal aventura. No podía desconocer que aquel gallardo y enamorado mozo de veinticinco años poseía atractivos seductores; pero casarse con Lorenzo, sacrificar á una mera satisfacción sentimental y á un problemático porvenir sus aficiones mundanales, su vanidad, sus sueños y concupiscencias de vida aristocrática; arrostrar el *qué dirán* de las gentes de provincia, exponerse á oír murmurar en torno suyo: «La señorita Fontenille ha hecho un casamiento descabellado» era cosa muy superior á sus fuerzas. Era preferible resignarse á aceptar el matrimonio con Santa María y comprar á este precio el prestigio y la importancia que dan un título y una familia bien emparentada.

Tales eran las reflexiones que su cálculo la inspiraba, y ya hemos dicho que el cálculo hablaba en ella más alto que el corazón. Era, pues, indispensable cerrar resueltamente, y desde las primeras pá-

ginas, aquel lindo capítulo de novela, olvidar aquel fugitivo sueño de una noche de verano.

Todo esto había pasado por su cerebro y se lo había dicho á sí misma mientras Lorenzo se adelantaba pisando el césped del huerto, y cuando llegó cerca de ella, su determinación estaba tomada.

Aparentó no reparar en la mano que Lorenzo la alargaba y se limitó á hacerle un leve saludo, en tanto que una sonrisa enigmática vagaba por sus labios.

—Mi padre está ausente—le dijo, como si se hubiese equivocado en cuanto al objeto de su visita—y tal vez no esté de vuelta hasta medio día.

—No vengo á ver á M. Fontenille, sino á vos—contestó él algo picado de tan extraño recibimiento;—tengo que hablaros de asuntos muy serios.

Berta dejó caer con dignidad los párpados ante sus ojos.

—¿De veras?—dijo en tono de glacial sorpresa.—¿Qué asuntos graves y perentorios puede haber entre nosotros que exijan esa conferencia?

Lorenzo retrocedió, cual si hubiera recibido un rudo choque en mitad del pecho.

—Perdonad—balbuceó desconcertado,—pero me parecía natural... después de lo que pasó ayer...

Berta alzó los ojos, mirando fijamente en el vacío, cual si buscase en las ramas de los árboles la explicación de lo que hubiera podido, en efecto, pasar la

vispera de aquel día; luego volvieron á caer sus largas pestañas, como una careta, ante su mirada, y dijo con negligencia:

—¿Ayer?... ¡Ah! sí, os referís á nuestra excursión acuática. Creo que ambos anduvimos un poco aturdidos... Si yo fuese hipócrita y mojigata, aún añadiría que estuvisteis un tanto irrespetuoso; pero debo mostrarme indulgente, puesto que fuí la primera que fomentó aquella broma.

—¿Broma?—repitió Lorenzo estupefacto.

—Por lo menos una niñería.

—¡Y yo que llegué á creer en esa niñería!—exclamó con voz colérica Lorenzo.—Yo, que creí en vuestras palabras, en vuestras miradas, en vuestra mano que apretaba la mía!... ¡todo aquello era mentira, nada más que mentira!

Berta volvió la cabeza, mientras sus dedos mutilaban distraidamente los tallos de los crisantemos.

—Demos por supuesto—replicó con sequedad—que fué un sueño, y no hablemos más del asunto.

Lorenzo miró con expresión de profunda pena los árboles que dejaban caer sus hojas amarillentas, las flores que agoñizaban, los cuadros que exhalaban un melancólico perfume de otoño, todas aquellas manifestaciones de la naturaleza que hablaban con mudo lenguaje de desfallecimiento y abandono.

—¡Os amo—dijo con sordo acento—y había concentrado todas mis ilusiones, todas mis esperanzas y

toda mi energía en este amor que vos rechazais ahora!

Berta movió la cabeza y volvió su misteriosa sonrisa á juguetear entre sus labios.

—A la verdad—murmuró—no acierto á comprender... Estoy discurriendo qué palabras pude pronunciar para alentaros á dar pábulo á semejantes ideas. Me he mostrado amable con vos, como lo soy con todo el mundo... Vuelvo á deciros que no soy gazmón y, á pesar de ese... error, me hallaréis siempre dispuesta á trataros como amigo de la casa.. Sí,—añadió alargando la mano en dirección á la de Lorenzo—podeis estar persuadido de que os profesaré siempre una cariñosísima estimación...

—¡Berta!—exclamó él con impaciencia.

Y sin tocar la mano que se le tendía, volvió la espalda y echó á andar apresuradamente hacia la salida del huerto.

Berta permaneció inmóvil, apretados los labios, viéndole desaparecer entre los árboles; y en tanto que le perdía de vista tras el enmarañado ramaje, no podía menos de considerar que con él huían la juventud y el amor sincero, al propio tiempo que se alzaba ante su imaginación la figura austera y enclenque de Santa María, á manera de importuno y desagradable fantasma. Sintió una especie de escalofrío é hizo un ligero movimiento de hombros.

—¡Se concluyó!—dijo dando un suspiro.

Y recogiendo con el extremo de los dedos la falda, que se mojaba al rozar la hierba de la avenida, echó á andar muy despacio, inclinada la cabeza y fruncidas las cejas, hacia la casa de su padre.

Entretanto, huía Lorenzo, sin abandonar la línea recta, atravesando las tierras labradas, las malezas y los tallares. Parecía completamente insensible á los objetos exteriores, sin notar el efecto del sol que se hacía de momento en momento más ardiente, ni las espinas que le acribillaban las piernas, ni los extremos de las ramas que le azotaban el rostro.

Impelido por una imperiosa necesidad de fatigar su cuerpo y ensordecer sus oídos con el monótono susurro de las hojas secas y el crujido de las ramas agitadas por su paso; cerrados los ojos, embotado el corazón y sintiendo una especie de zumbido en el cerebro, andaba y andaba, internándose cada vez más en el bosque.

Por último, sus piernas y sus pulmones le hicieron traición y, jadeante y sin fuerzas, se dejó caer como un plomo sobre los rojizos helechos, hundiendo en ellos la cabeza.

—¡Un sueño... un sueño... un sueño!—Tales eran las únicas palabras que martilleaban con doloroso é implacable tic-tac su cerebro.

¡Un sueño! Esto era todo lo que Berta había encontrado que decirle, y le había despedido, dándole, como limosna, una promesa de vulgar amistad, á la ma-

nera que se arroja un mendrugo de pan á un pordioso. Después de las amarguras devoradas por la mañana, aquella era la última y más sangrienta injuria.

Él, cuyo amor propio era tan susceptible; él, que desde su infancia se había dejado arrullar por tantos sueños orgullosos, había tenido que apurar trago á trago, hasta las heces, el cáliz de la humillación. ¡Haber edificado en el aire tanto castillos de gloria y de fortuna, para venir á caer por último en la clase más ínfima de la sociedad, en la categoría de los hombres sin posición, sin tener siquiera un nacimiento legal, sin poder llevar el nombre de su padre!

Todo se le desvanecía al mismo tiempo: sus ilusiones juveniles, su admiración hacia el marqués, su amor á Berta, y hasta la confianza en sí mismo. Abandonado de los demás, y faltar ya de valor, ¿qué suerte le estaba reservada? ¿Qué hacer en una sociedad donde hasta la misma ley, solo le toleraba por favor y de mala gana? ¡Si al menos hubiera tenido, como Santa María, el consuelo y el sostén de la fé religiosa! Pero, lejos de eso, era un hijo del siglo hasta la médula de los huesos, y concentraba todas sus aspiraciones en la posesión de los goces terrenales. No veía nada más allá, y al sentir que en un día se desplomaban simultáneamente todos los ideales de que había hecho sus puntos de apoyo, permanecía tendido en el suelo, como un pájaro arrojado de su nido y que carece de alas para alzar el vuelo.

El sitio donde se hallaba era una de esas gargantas arenosas que se encuentran con tanta frecuencia en la 'Argona. A derecha é izquierda alzábanse, como cortadas á pico; las escarpas; por encima entrecruzaban sus ramas los álamos y los serbales, y por todos lados los espesos bosques ceñían el desfiladero, por cuyo centro se extendía un sendero de cabras.

El sol estaba ya bastante alto y caía á plomo sobre los helechos, donde sus todavía calurosos rayos hacían zumbar á los insectos. Resonaron de pronto estallidos de tralla en la estrecha garganta, luego repiqueteo de cascabeles y campanillas, y una reata de mulas cargadas de madera empezó á bajar lentamente el sendero. Hundida la cabeza en los helechos, apenas se dió cuenta Lorenzo de su paso, y ni siquiera se movió de su sitio. La última mula del convoy había pasado casi rozándole, y ya iba debilitándose el ruido de las campanillas, cuando el regatón de hierro de un bastón tocó ligeramente las piernas del joven, al mismo tiempo que una voz femenina, casi tan áspera y hombruna como la de un arriero, exclamó:

—¡Voto á bríos! ¡si es Lorenzo!... ¡Eh, muchacho! ¿qué diablos haces ahí, metidas las narices en la arena?...

Alzó Lorenzo muy despacio la cabeza y vió en medio del sendero á la señorita Sebastiana de Fierbois, remangada hasta la pierna, calzada con polainas de cazador, cubierta la cabeza con un sombrero de hom-

bre sujeto por un pañuelo que hacía las veces de barboquejo, y blandiendo su soberbio garrote de acebo. Había ido á inspeccionar el cargamento de la madera procedente de la corta, y regresaba con el convoy.

Mirábala Lorenzo con aire espantado, y por su parte, la señorita Sebastiana, haciendo girar bajo las espesas cejas sus negros ojos, examinaba con curiosidad las descompuestas facciones del joven doctor.

—Pero, ¿qué es eso?—continuó ella—¿por qué tienes esa cara patibularia? ¿Qué diablos sucede?

—¡Nada!—contestó bruscamente Lorenzo, volviendo á sumergir el rostro en los hierbajos.

—¡Nada! ¡Eso se dice muy pronto!—replicó la señorita Sebastiana, plantándose ante él, apoyada en su garrote.—Algo será, cuando tienes esa cara de desenterrado... Ten al menos la cortesía de alzar los morros y responderme.

—¡Dejadme!—dijo él con voz debil y sin moverse.

—¡Testarudo eres!—gritó la vieja—pero mucho tienes que hacer para serlo tanto como Sebastiana de Fierbois... No esperes que me vaya de aquí hasta que me expliques por qué te encuentro en pleno medio día, tendido ahí como un becerro sobre la hierba, en lugar de estar almorzando con tu padrino.

Al oír esta última frase, hizo el joven un súbito movimiento, se puso en pié, y mirando confijeza á la señorita de Fierbois, exclamó:

—¡Mi padrino!... Ese á quien llamais así, por más que sepais seguramente á qué ateneros respecto de ese punto, como lo saben los demás, no volverá á verme á su mesa ni bajo su techo.

—¡Por fin, eso ya es decir algo!—gruñó la señorita Sebastiana, moviendo la cabeza. ¿A lo que voy entendiendo, te han contado cosas que hubieran sido mejores para calladas, y que te han indispuerto con el marqués?

—Sí, lo sé todo—repuso Lorenzo con exaltación—y vos, que según decís, me profesais alguna amistad, debíerais haberme enterado de mi situación, en vez de exponerme á ser humillado por Mme. de Briuelles y menospreciado por la señorita Fontenille.

—¡Ah! ¿con que la señorita Fontenille anda mezclada en el asunto? ¡Ya te había yo advertido que por esa parte no ibas ganando nada!... En fin, ya está hecho el daño, y puesto que tú lo sufres, pobre muchacho, no es esta ocasión oportuna de sermonearte... Ea, vente conmigo, hablaremos por el camino y trataremos de buscar un remedio para tus penas.

Púsole suavemente la mano sobre el brazo y trató de llevárselo de allí, pero Lorenzo opuso una resistencia inesperada.

—No—dijo—no hay remedio; estoy profunlamente hastiado de todo, soy una carga para los demás y para mí mismo, un ser inútil en el mundo, y no quiero ya más que buscar el medio de salir de él.

—¿Quieres morir, no es eso?— repuso la señorita Sebastiana alzando los hombros. — ¡La tecla de siempre!... Dime, ¿y tu madre?

Lorenzo se estremeció.

—¡Ah!— dijo— ¡mi madre!...

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recuerdo de la pobre tía Sofía, á quien sus egoístas preocupaciones amorosas le habían hecho olvidar por un momento.

—¡Sí, tu madre!— prosiguió cariñosamente la señorita de Fierbois.—¿Crees, por ventura, que eres un ser inútil ó una carga para ella?... Conozco una buena parte de tu historia y adivino el resto... En todo ese desgraciado episodio, tu madre es la que más ha sufrido y la que más cruelmente sufre todavía. ¿Quieres aumentar sus penas cometiendo algún desatino?... Comprendo que no puedes quedarte aquí, pero serías un desalmado y un loco si no sacrificases ahora todas esas pamplinas y desvaríos amorosos á la que tanto se ha sacrificado por tí.

Lorenzo tomó la mano de la señorita Sebastiana y la estrechó fuertemente.

—Teneis razón, señora—dijo con acento conmovido—gracias, y adios; iré á reunirme con mi madre.

Sebastiana le detuvo por el brazo.

—¡Un instante, polvorilla!— exclamó— ¿te propones andar á pié las ocho leguas y llegar aspeado y cari-acontecido á casa del panadero, después de haberle abandonado sin decir ahí queda eso? ¡Buen recibi-

miento te esperaba, y bonita manera de consolar á tu madre!... Reflexiona un poco y no te alborotes ni te subas á la parra .. ¿Cómo vivirás allí sin dinero? porque supongo que no tienes un céntimo, y no creo que sea el mejor medio de inspirar confianza á los enfermos, presentarse en Juvigny hecho un mendigo. ¿Supongo también que no se te ocurrirá ni á cien leguas la idea de acudir al bolsillo de tu madre ni vivir á expensas del tío Husson?

—Lorenzo hizo un gesto de enérgica negativa, y miró á la señorita Sebastiana con expresión desesperada.

—Mira, hijo mio,—continuó ella—tú podrás ser un sabio en medicina, pero te falta la práctica... Es preciso discurrir otra cosa, y en eso precisamente es en lo que vamos á pensar los dos por el camino que tenemos que andar hasta llegar á mi casa. Tranquilízate porque no verás á nadie, nadie te verá, y esta tarde, al oscurecer, haré que te lleven en carruaje hasta Clermont.

Cogióle Sebastiana de un brazo, y ya entonces se dejó conducir á las Petites-Islettes.

La caminata se hizo silenciosamente, y cuando llegaron, encerró la señorita Sebastiana á Lorenzo en su despacho, atestado de papelotes y de muestras de botellas. Por su propia mano le preparó y sirvió un excelente almuerzo que le obligó á tomar, y cuando hubo restaurado sus fuerzas, le dejó en compañía de una

taza de café puro, y se subió á su habitación, de donde no volvió á bajar hasta después de pasada una hora larga.

—Hijo mio—le dijo—he examinado con calma tu negocio, y he aquí lo que saco en limpio: Tengo un sobrino, Noirel de Fierbois, establecido en Sermaize... Ya conoces la localidad, un pueblo grande á mitad de camino de Juvigny y de Vitry-le-François... Allí hay montada una gran fábrica [de vidrio, alimentada por el carbón de piedra, que hoy se halla en plena actividad y en la cual tienen ocupación infinitos operarios. En una fábrica de tales condiciones es indispensable un buen médico para atender á todo el personal, y he oído á mi sobrino Noirel lamentarse de que no hubiese por aquellos contornos sino detestables empíricos y zafios practicantes... Allá te envió eficazmente recomendado. Ahora mismo va Nicolás á enganchar la yegua al carricoche para llevarte á Clermont. Mañana estarás en Sermaize, y entregarás de mi parte este papel á mi sobrino, á quien darás también mis recuerdos.

Y sacó del bolsillo una carta de gran tamaño, doblada á la antigua usanza, cerrada con lacre y escrito el sobre en gruesos caracteres de letra bastarda.

—Cuando estés ya establecido—prosiguió entregando el pliego á Lorenzo,—te enviaré la ropa y libros que dejas aquí, y después que hayas fijado tu situación, podrás ir á buscar á tu madre... Tendrás siquiera un

abrigo que ofrecerla en tu propia casa.. ¿Entiendes?

—¡Teneis un corazón de oro! —exclamó Lorenzo, arrojándose al cuello de la señorita Sebastiana, quien le aplicó sendos besos en las mejillas.

Cuando empezaba á anochecer, avisaron que estaba dispuesto el vehículo. La señorita de Fierbois acompañó al joven hasta el patio, le abrazó por segunda vez, y metiéndole en el bolsillo un paquete, le dijo:

—No hagas caso, son provisiones para el viaje... ¡Ahora, hijo mio, á trabajar!... Es el mejor remedio contra las penas. ¡Escríbeme de cuando en cuando, y que Dios te acompañe!.. Adios.

Subió Lorenzo al carricoche, sacudió Nicolás á la yegua, y echó ésta á andar al trote corto. Cuando llegaron al recodo del camino, volvió Lorenzo la cabeza para saludar por última vez á la señorita Sebastiana. Esta se hallaba parada en lo alto del talud, su abultada sombra se dibujaba fuertemente en negro sobre el fondo claro del horizonte; distinguíanse las botas de caza, la falda recogida de cualquier modo, el sombrero de hombre, y veíanse dos largos brazos agitándose á modo de telégrafo aéreo en dirección al carruaje, que desaparecía entre las brumas del Biesma.